

PQ 6171

.A2

B5

v. 71



BIBLIOTECA



IMPRESA, ESTEREOPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑÍA (SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.— Calle del Duque de Osuna núm. 3.

NOTICIA BIOGRÁFICA

DE

DON MANUEL RIVADENEYRA.

La historia de los pueblos descubre horizontes á la humanidad, la historia de un hombre enseña práctica de la vida. Ambos estudios contribuyen al perfeccionamiento de nuestro linaje: el uno desmoronando preocupaciones nocivas, segando el otro ilusiones que obstruyen el sendero de la vida, uno y otro juntamente nos abstraen de lo material para discurrir serenos en el campo de la razon.

La carrera brillante de los genios que mayor timbre de gloria dejan en el mundo, no suele ser la que más importa estudiar, la más beneficiosa para guia y bondad nuestra, sino que á veces es de más útil enseñanza la azarosa vida de aquellos que de más humildes principios se elevaron en la escala social, intrincado laberinto que nos separa y aísla cual seres distintos agrupados en diversos mundos. Quien muere en la condicion que nace, quien no ha luchado con el hambre y sabido triunfar de las rudas pruebas que lleva consigo, no sabe, no conoce lo que es la vida; dista tanto de conocerla, como dista el que piensa del que no piensa, quien siente, del que no siente. Y como para saber apreciar los bienes de fortuna parece condicion precisa haber carecido por completo de ellos, resulta que sólo el desvalido, que merced á sus aislados esfuerzos conquista bienestar y nombradía, disfruta del envidiable triunfo que le proporciona ir pasando de una á otra esfera social, en cuya difícil peregrinacion adquiere cabal conocimiento de los hombres, que es el conocimiento de la vida, la ciencia de las ciencias.

Á esta categoría pertenece aquel de quien paso á hablar. El público no se interesa por las personas que lo sirven del mismo modo que por aquellas que lo oprimen; creo, no obstante, que acogerá con benevolencia este modesto escrito, triste recuerdo de un hijo á la memoria de su padre.

Don Manuel Rivadeneyra nació el 9 de Octubre de 1805 en Barcelona, capital del antiguo Principado de Cataluña, tierra clásica de caracteres enteros y laboriosos: allí están para atestiguarlo la Expedicion de Catalanes y Aragoneses, allí se encuentra la cuna de nuestro comercio, el foco de nuestra industria.

En todos los países, por causa de las migraciones y conquistas, y porque de la infinita variedad de caracteres deben necesariamente resultar combinaciones paralelas ó semejantes,

existen hombres que parecen extranjeros en su patria, y se hermanan con otros de distintas zonas. Pero el catalan no sólo se resiste á dejar de serlo y adoptar otro dictado, se resiste tambien rozarse con nadie, porque quiere doblegar á los otros, y no se deja doblegar ni por sí mismo; este dicho: «Dios nos libre de un andaluz con caballo, de un gallego con botas y de un catalan con mando», revela, á mi entender, la índole especial de ese pueblo audaz que dominan el orgullo y la ambicion.

De los vicios y de las virtudes que los compensan participaron los antecesores de Rivadeneira, tronco de militares, de éstos para quienes es sagrado el deber. Siendo niño, contemplaba yo el retrato de un capitán de la antigua Guardia Real que existe en el hogar doméstico: «¡Hijo, ése es mi padre! exclamó el que lo fué mio, sólo mirarlo me infunde respeto.» Removiendo otro dia un objeto del tocado perteneciente á su madre, dijo: «¡Aquella mujer era un hombre!» Sin duda por semejantes motivos imperaba en él, desde la infancia, tendencia á romper el círculo de voluntades de hierro que lo cercaban, y las revueltas políticas, á la sazón pujantes, secundaron sus designios.

Durante la guerra de la Independencia cayó prisionero mi abuelo D. Cayetano, y sin medios para pagar un bagaje, no sólo atravesó á pié la frontera, sino que tambien tuvo que cargar con su hijo, cuyos pocos años le impedían resistir las fatigas de la jornada. Establecióse orillas del golfo de Gascuña, junto á Burdeos, donde la familia sufrió largos años las angustias de la escasez, circunstancia nada propicia para que D. Cayetano proporcionase esmerada educacion á Manuel; pues aún dirigiendo su atencion al propósito de descubrir aficiones y aptitudes, deber difícil de todo padre, que sin duda por ser difícil atienden pocos, la falta de recursos le impedía poner en práctica sus naturales deseos, y hubo de resignarse á mandar al niño á una escuela gratuita, en la que desde luégo reveló extremada memoria. En comprobacion de ello, medio siglo despues se complacia en recitar trozos enteros de Boileau, Racine, Voltaire, Lafontaine, que habia entónces aprendido. Los decía con tal vigor y entusiasmo, que mostraba gusto y sentimiento exquisitos, y no descubriéndolos en mí al par de sus deseos, cuando me obligaba á repetir las mismas composiciones, exclamaba entristecido: «¡No tienes el fuego sagrado!»

Mas como desde luégo le estuvo vedado dedicarle á ninguna carrera literaria, ántes que los años arraigasen costumbres y hábitos que trascienden á la edad madura, cuando el padecer no es padecer, sino achaque de la vida, cual frio ó calor, D. Cayetano lanzó á la carrera del mar á su hijo, que debió ver en las tempestades el símil de su condicion fogosa, y en el espacio infinito, campo donde correr libremente en pos de esperanzas halagüeñas, grandes como todo lo desconocido.

A bordo de un bergantín se endureció el muchacho en la ruda vida del grumete, y aprendió el pilotaje. Se examinó, y obtuvo el número primero, iba á comenzar su carrera, tenía ya puesto en un buque para América, estaba fijado el dia de la marcha, cuando, por circunstancias fortuitas que debieron de ser extraordinarias, el buque no pudo hacerse á la vela, y fracasaron las esperanzas del jóven marino, que no pudiendo avenirse á la espera de una nueva coyuntura, renunció á sus propósitos, y comenzó á aprender el oficio de cajista, en que tanto habia de sobresalir. Así la fatalidad que rige los destinos humanos, precipita al hombre en circunstancias hijas de su propio carácter. No puede sin embargo borrar de nosotros el genio que forzosamente se revela, sople por donde quiera el viento de la fortuna: Rivadeneira hubiera sido marino distinguido, como fué impresor notable, porque tenía facultad para aprender y genio para perfeccionar; tenía ese *quid divinum* con que nacen algunos privilegiados, que aplicado á cualquier oficio, lo transforma en arte, y aplicado á cualquier estudio, lo hace productivo.

Principió desempeñando las tareas más humildes y penosas que existen en la imprenta, indispensables, segun él, para dominar el oficio; tanto, que al acercársele en Madrid cierto amigo con la pretension de que admitiese á un hijo suyo, como de veinte años, en calidad de

aprendiz, por toda contestacion miró las manos del mozo, y dijo: «Llega V. tarde, ya no pueden encallecerse.»

Dos años ántes de entrar en España los cien mil soldados del Duque de Angulema dejó el destierro D. Cayetano, y volvió á Cataluña. Su hijo, impaciente por ver mundo, fué á pié á Cádiz, donde trabajó de cajista y aprendió el idioma patrio olvidado hacia tiempo por el uso del frances, que hablaba con una perfeccion merecedora de aplauso en la misma Francia.

De Cádiz fuése Manuel á Sevilla á trabajar en la imprenta de *El Universal*; pero á poco salió huyendo de las revueltas en que aquella ciudad y toda España hervian, ocasionadas por la conducta del Monarca, que tanto se apartaba de aquella célebre frase suya: «Marchemos todos, y yo el primero, por el sendero constitucional.»

El dia 12 de Junio de 1823 salió de Sevilla para Cádiz Fernando VII, acompañado del Gobierno y de la imprenta de *El Universal*. Manuel no quiso agregarse á ella, y marchó á Madrid, á donde acababa de llegar su padre. Muchas veces le he oido referir episodios de aquel tristísimo viaje, en que estuvo á punto de perder la vida, víctima del fanatismo y la ignorancia de algunos realistas, que así tenían conciencia de la idea política como de la religion que hacian encubridora de sus fechorías. Un primo de nuestro insigne poeta D. Juan Hartzenbusch acompañó á Manuel en tan memorable expedicion, y me ha referido aventuras de la misma, que, por ser auténticas y parecerme instructivas, narraré brevemente.

«En la tarde del 12 de Junio de 1823, decía, salimos de Sevilla para Madrid Antonio Hartzenbusch, Lorenzo Queréjaro y yo, dirigiéndonos, *pedibus* andando, por los Caños de Carmona hácia Alcalá de los Panaderos. Dos horas habíamos caminado, cuando vimos delante de nosotros un jóven vestido con casaquilla de barragan claro, pantalon de lo mismo, sombrero de copa, alpargatas, y en la mano un palo. Nos chocó su traje, porque yendo de paseo, como parecia, la alpargata no estaba en armonía con el sombrero; así que, movido de curiosidad, dije á mi hermano: «¡Vaya un modo de pasear que tiene el señorito!—Ese, contestó Lorenzo, va de camino como nosotros.—¡Pues si no lleva más que las alpargatas que lo indiquen!—¡Tampoco, contestó, llevamos nosotros más que una botella! Adelantémonos á ver lo que nos dice.»

»Apresuramos el paso, y puestos al habla, le saludamos, diciendo: «¿Va V. á Madrid?

»—Sí, señores.

»—Pues nosotros tambien.

»—¿Quieren ustedes que vayamos juntos por no caminar solo?

»—Con mucho gusto.»

»Discurrimos luego sobre los acontecimientos del dia, dímonos á conocer, y aquel jóven dijo llamarse Manuel Rivadeneira, de oficio cajista, que salia de Sevilla oliendo, como nosotros, la chamusquina. Mucho nos alegramos todos de tan casual encuentro, y juntos corrimos la misma suerte hasta Écija, donde llegamos hambrientos, faltos de sueño, y tan rendidos, que despues de cenar resolvimos estrujar la bolsa y tomar un coche hasta el término de nuestro viaje. Manuel no quiso ser de la partida, porque sólo disponia de diez y ocho reales.

»Partimos á las cuatro de la tarde, dejándole, no en estrecha cama, sino en anchuroso pajar. Como á media legua, nos detuvo un hombre que terciaba sobre el arzon de su caballo imponente y desmesurado trabuco, y nos robó cuanto llevábamos, á excepcion de dos onzas que tuve la precaucion de esconder entre el polvo, y recoger cuando se alejó de nosotros andando.

»Cerca de La Carolina nos quitaron el coche para servicio de un general frances, y proseguimos en carro hasta Tembleque, adonde llegamos víspera de San Juan. Al ir á refrendar los pasaportes presentóse el Alcalde, y sin atender á razones nos plantó en la cárcel. Ya en ella, se levantó del suelo un preso, y ¡cuál no sería nuestro asombro cuando reconocimos en él á Rivadeneira, que hacia media hora habian metido allí! Faltónos tiempo para abrazar-

nos y contar nuestras peripecias; todavía me parece oír á Manuel refiriendo su paso por Despeñaperros, solo, á la una de la madrugada, y en voz muy baja, las infamias que cometían los realistas con gente indefensa, y el alboroto de los pueblos donde echaban abajo la lápida de la Constitución.

»A las veinticuatro horas nos pusieron en marcha sin permitirnos tomar alimento alguno; mas como la Providencia nunca falta al necesitado, en aquel momento trajeron una gran cazuela de arroz, pan y vino, y preguntando á quién debíamos agradecer tamaño agasajo, contestaron que al escribano del pueblo, pero que por Dios no dijésemos palabra. Restauradas las fuerzas, nos ataron codo con codo varios realistas que conducían veinte milicianos presos á Madrid, asombrándonos que nos hiciesen formar delante y nos trataran peor que á los demas, pues ni siquiera beber nos permitían, diciendo: «Ya os dará Riego buena agua; concertad pronto vuestra conspiracion negra, que en Dos Barrios dejaréis la piel», y cada apóstrofe iba acompañado de golpes.

»Proceder tan inhumano nacia de que el alcalde de Tembleque habia cogido á Manuel su nombramiento de piloto y la copia del testamento de un diputado, escrito muy largo que debia entregar en Madrid, y á mí la licencia absoluta, documentos que consideraba prueba fehaciente de una vasta conspiracion. Puso el mamotreto bajo un inmenso sobre dirigido al Comandante de Ocaña, con prohibicion absoluta de que ninguna otra autoridad lo abriese. Esta cláusula, y el desmesurado tamaño del pliego fueron parte á que los realistas formasen mil comentarios creyéndonos jefes de una gran conspiracion negra que trataba de asesinar al Rey. Así el populacho nos apedreaba al grito de «¡Mueran los negros!»

»Entramos, rendidos de sed y palos, en Dos Barrios; á una vieja que acertó á pasar cerca de nuestro encierro le dió Rivadeneyra la última peseta que traía, suplicándola nos diera un poco de agua. Contestó ella que el agua estaba léjos y cara, y no nos trajo más que un cantarito sin devolver nada de la moneda que habia recibido. Principiábamos á sentir los horrores del hambre, cuando dos niños, que junto á la cárcel entonaban la *Pitita*, nos dieron albarricoques y pan, y al poco rato una señora caritativa tuvo la bondad de mandarnos con gran sigilo carne asada, pan y vino, lo cual nos dispuso para resistir nuevos y mayores trabajos.

»Al salir de Dos Barrios hácia Ocaña tuvieron los realistas la ocurrencia de que les sirviéramos de blanco tirando á distancia sobre nosotros, y nos hubieran muerto si la falta de tino no excediera á la compasion. Entramos en aquella ciudad apedreados, insultados y molidos á palos; dióse al Comandante de la plaza el famoso pliego que contenía nuestro proceso, y el buen señor se hizo cruces al ver que en el pliego no habia pruebas, ni siquiera leves indicios de conspiracion. A pesar de sus razonables órdenes, nuestra suerte empeoró sin embargo, puesto que infirieron una herida á mi hermano Antonio en el costado izquierdo, de cuyas resultas murió más tarde, y á buen seguro que Manuel no lo pasara mejor, si su buena estrella no le hubiese deparado cierto oficial frances, que tomándole por compatriota, logró ponerle á salvo.

»Nuestro paso por Aranjuez fué un verdadero Calvario, y tengo á milagro que despues de tantos sufrimientos llegásemos á la vista de Madrid, donde no bien se divulgó que venían milicianos y negros, acudió la gente en calesas, á caballo, y como en romería al puente de Toledo. Poco ántes de llegar engrosaron la escolta veinte inválidos de San Nicolás (a) *culones*, y por si álguien se escapaba nos ataron nuevamente: Manuel y yo íbamos juntos, Antonio y Queréjaro detras, harto asombrados los cuatro de la gritería que armaron pidiendo nuestras cabezas, y de la furia con que nos asestaban pedradas. Algunas tocaron casualmente á gendarmes franceses, por cuyo motivo arremetieron en defensa propia, y sable en mano, contra la espesa muralla humana que en la puerta de Toledo imposibilitaba el paso, circunstancia que nos puso un tanto fuera de peligro durante el trayecto por la Ronda y la Cuesta de la Vega hasta llegar al cuartel de San Nicolas, de donde la compañía francesa número 28 nos trasladó á la Calle del Reloj. Acudieron allí presurosas nuestras familias, y

ántes que nadie el padre de Manuel, á la sazón Mayor de Plaza, ayudante del general frances Tissan; por su mediacion alcanzamos en breve nuestra suspirada libertad.»

Este fiel relato muestra las rudas pruebas por que entraba en el sendero de la vida el jóven cajista. Dejaron aquellos sucesos en su mente tan honda huella, que no há mucho, al pasar por Aranjuez en camino de hierro, rodeado de su familia, le vi llorar al recordarlos; pero en almas que ni se apocan ni desmayan, los sufrimientos y desengaños enseñan á arrostrar con entereza las vicisitudes de la existencia, y tambien aleccionan á tomar por guía la fria razon menospreciando los azares que surgen del apasionamiento propio ó de extraños.

Libre ya de las penalidades que tanto lo mortificaron moral y físicamente, fué á trabajar en la imprenta Real, donde por casualidad se colocó al lado de un jóven llamado Nicolas Gonzalez, con quien años despues reanudó é intimó firme amistad hasta la muerte. No es posible hallar dos tipos más diferentes en la apariencia que estos dos amigos: el uno hielo, fuego el otro, el uno serio, taciturno, reservado, el otro alegre, expansivo, sociable. Pero estas diferencias suelen contribuir á estrechar vínculos entre los hombres, cuando se hermanan á sentimientos nobles é intenciones rectas, firme base sobre que descansa la verdadera amistad, patrimonio exclusivo de almas jóvenes y apasionadas. Cuando en 1844 Rivadeneyra se estableció en Madrid, solicitó la cooperacion de Gonzalez. Trascurridos algunos dias, faltó éste de los recursos que su jornal le proporcionaba, dijo á su antiguo compañero: «No tengo ya nada; ¿me señalas algo?» á lo que Manuel contestó: «¿Hay dinero en caja? miéntras lo haya toma el que quieras.» Don Nicolas sólo tomaba lo preciso para vivir modestamente, y aún ménos de lo que necesitaba en circunstancias apuradas, que no fueron pocas; pero tambien las primeras economías de Rivadeneyra se destinaron á asegurar el porvenir de tan leal amigo, á quien por testamento dejó una renta anual trasmisible á su mujer é hijos.

En la imprenta Real hizo poca parada Rivadeneyra; el instinto algun tanto aventurero que se notó en la infancia del aspirante á marino, tomaba cuerpo en los primeros años del ya mozo impresor. Vendió lo poco que tenía, y con el morral á cuestas se fué á París en invierno, sin parar miéntras en lo futuro, circunstancia propia así del genio como de la ignorancia, que previsor el uno, y á ciegas la otra, suelen alcanzar fortuna y honores con muy distinto merecimiento.

Los que recorremos el mundo seguros de que donde haya comida la obtendremos por dinero, los que vamos de una á otra zona estrechando al paso manos amigas, y si algun peligro corremos lo afrontamos tranquilos, puesto que nosotros mismos lo buscamos, los que hacemos mérito de llevar á cabo expediciones remotas, y creemos haber adquirido de la sociedad conocimiento para aquilatarla, nada hacemos de extraordinario. Pero el que en tierra extraña camina á pié sin saber dónde recostará el exhausto cuerpo al cerrar la noche, el que se arrastra resistiendo la intemperie y todo linaje de sufrimientos en la espinosa marcha de la vida, el que ántes de gastar un cuarto piensa si ese cuarto no lo reclamarán atenciones más apremiantes, ése, nadie le negará, tiene el triple corazon de acero, patrimonio de los valientes, que no deja de ser compatible la grandeza de ánimo con la miseria y el hambre cuando pugna por romper tan pesados grillos. Pero la desdicha del pobre se extiende á más; porque despues de ir entre sus semejantes en busca de trabajo para hacer frente al indispensable sustento, llamar á una puerta desesperanzado porque halló otra cerrada, y presenciar el lujo y el despilfarro que contrastan con su mísero estado, cuando á la vuelta de tantas idas y venidas encuentra por fin quien le proporcione ganarse un pedazo de pan, es las más de las veces objeto de explotacion, y tiene que sobrellevarla con la sonrisa en los labios.

Y, sin embargo, estos hombres por tantos modos vejados en su penosa vida, acaece que son mejores y más indulgentes que otros, porque estiman á sus semejantes, no por lo que debieran ser, sino por lo que realmente son, condoliéndose de nuestras malas pasiones, que las más veces, léjos de ser hijas de nuestro sér, nacen de las circunstancias que nos rodean. Recuerdo que un dia, cediendo yo á impulso de inexperta juventud, dije: «Mi máxima es: piensa

mal y acertads.» Con tono severo contestó mi padre: «desecha, hijo, esa idea falsa y poco caritativa»; prueba evidente de que es propio de naturalezas cándidas que aprenden el mal sin haberlo conocido jamás, el extraviarse en sus juicios y desviarse del camino recto. También ocurre, que sin estar aleccionado el hombre por la experiencia, llegue la reflexión á negar el llamado libre albedrío, en cuyo caso la indulgencia hácia el prójimo tendría muy distinto origen.

Sea como fuere, la desgracia no hizo nunca mella en el buen corazón de Manuel. Testigo ocular me contó el caso de que al llegar aquél á las inmediaciones de París halló en el camino á un anciano que le pidió limosna, y extrañándose de que lo tuviese por más rico que él, le dijo: «¿En qué te fundas para creer que soy más rico que tú?—En que eres joven, y yo soy viejo.»

El joven sacó del bolsillo dos medias pesetas, y dijo: «Este es todo mi capital; parte conmigo.» Y el anciano, abrazándole, añadió: «Nunca serás desventurado.»

Al declinar su vida, que sólo entonces ancló en el puerto de la tranquilidad, todavía recordaba las palabras de aquel desconocido, que en verdad fueron proféticas.

Cuatro años pasó el joven impresor trabajando de cajista en Francia, Bélgica, Inglaterra, y Suiza, en cuyas peregrinaciones contrajo la pasión de viajar, que siguió dominándole hasta la muerte. Personas que en aquel tiempo le trataron, y á la vuelta de cincuenta años todavía siguen trabajando en el mismo oficio que entonces, me han dicho: «Él era el más activo, el más alegre; trabajaba doble que cualquiera otro, y á levantar letra nadie le ganaba, pero el domingo tenía para él cuarenta y ocho horas; todos lo querían, los compañeros por su carácter, sus principales por la capacidad.»

Tratóse en París de publicar un periódico clandestino contra el gobierno de Carlos X, y encomendada á él la mano de obra, se vió obligado á vivir meses en las tinieblas de un sótano alternando con personas de importancia. Presentado al eminente Don Javier de Búrgos, desempeñó por espacio de algun tiempo el cargo de secretario particular de tan eminente estadista. En Ginebra contrajo amistad con Sismondi y Sismondi, el famoso historiador de las *Repúblicas Italianas*. Corria Manuel con la composicion de esta obra, visitaba diariamente al ilustre escritor, veneró por primera vez el saber, y concibiendo el deseo de instruirse, tomó un profesor de ciencias exactas, robando al sueño horas de estudio. Mas para estudiar se necesita tranquilidad, se necesita no tener que pensar en las pequeñeces de la vida, no tener que medir el valor de un libro, á más del valor del tiempo, y esto él no podia hacerlo desahogadamente.

Pasó sin embargo en Ginebra, dedicándose al estudio, dos años que contaba entre los mejores de su vida; allí, orillas del Lemán en que vivía, prueba entre otras de la delicadeza de sus gustos, descubrió nuevos horizontes, formó planes, y empezó á sentir la ambicion, palenque de toda gloria, y motor más potente aún que la necesidad.

El año veintinueve volvió á Barcelona, trabajó en la imprenta de D. José Torner, que á la sazón publicaba un gran Diccionario geográfico universal, y en dicho establecimiento conoció á D. Antonio Bergnes de las Casas, venerable decano de nuestros filólogos, que ha sobrevivido á su amigo, y permanece rodeado de general respeto y consideracion debida. Hé aquí lo que tan distinguido señor me escribía en cierta ocasion: «Habiendo intimado trato con él, creamos entre varios conocidos una imprenta, y pusimos al frente á su papá de V. En ella se hizo público y notorio su celo, su incansable laboriosidad y sus conocimientos especiales, de todo lo cual dan fe las muchas obras importantes que se imprimieron desde 1830 hasta principios de 1835, año del cólera, despues del cual se dividió la Sociedad; y habiendo estallado la revolucion con la quema de los conventos, fué nombrado su padre de V. capitán de una compañía de francos. Salió á campaña contra los carlistas, mas pronto renunció á cargo tan poco análogo á sus inclinaciones, y volvió á dedicarse con más gusto, si cabe, al ejercicio de su profesion.»

Antes de proseguir, consignaré que el carácter brioso de Rivadeneyra, alentado por el triste recuerdo de vejaciones y ultrajes sufridos el año veintitres, cuando vino de Sevilla á Madrid, le impulsaron á tomar parte en la revolucion de Barcelona, revolucion no fraguada como tantas otras por la osadía y premeditacion de los ménos, sino nacida á impulsos del ódio al régimen absoluto que ahogaban la impiedad á la sazón de moda, y el clamoreo de ideas liberales de que hacían gala aún los hombres de mayor valía.

Hallé, no há mucho, en un legajo, manchadas por la acción del tiempo, dos cuartillas escritas á vuela pluma, en que mi padre, á ratz de aquellos acontecimientos, referia en forma de carta los sucesos de Barcelona del 25 de Julio de 1835, precisamente cuando imprimía el *Vapor*, periódico ministerial contrario al movimiento que en todos los ámbitos del principado se iniciaba, y el primero que se publicó en Cataluña despues de muerto Fernando VII. A fuer de imparcial, copiaré algunos trozos de aquel escrito.

«El día de San Jaime fui á los toros acompañado de dos amigos con quienes solia pasar las tardes. Principió la corrida bajo malos auspicios, salían los toros, todos á cual peor, vociferaron contra los empresarios, contra la presidencia, y creciendo el clamoreo, hubo quien arrancó un banco y lo echó á la plaza, circunstancia que colmó el desorden, porque de todas partes llovieron sillas y bancos que los espectadores irritados arrojaban al redondel. Difícil era contener aquel exceso: lo iniciaba el pueblo, y quien podia atajarlo era el pueblo armado, que componia casi toda la fuerza que debia mantener el orden. En medio de la confusa gritería no se oía voz ninguna alarmante, y juzgué propicio aquel momento para ser núcleo de un sacudimiento político que tendiera á emanciparnos de autoridades que menoscababan nuestra ya limitada libertad. Salté á las gradas, y en union de algunos jóvenes grité: «¡Viva el pueblo rey! ¡viva la libertad!» Léjos de hallar quien me secundara, quedé aislado, y cuantas veces traté de llamar la atención para dar colorido político á aquel alboroto, otras tantas me persuadí de que eran infructuosos mis esfuerzos.

»En el ínterin habian cortado la maroma de la contrabarrera para amarrar el último toro de la lidia, que llevaron á manera de trofeo hasta el hospital. Salí de la plaza en busca de mis compañeros, y al pasar junto á la casilla-despacho hallé un grupo que la estaba derribando sin cuidarse de las iras del Mayor de plaza ni del Gobernador, que ordenaron despejar el sitio con ayuda de un piquete de caballería del Infante, 4.º de línea. No bien se dispuso á obedecer la fuerza armada, cuando principió á correr la turba: púseme entonces enfrente del oficial que guiaba la tropa, y cogiéndole las riendas del caballo, dí vivas á la libertad y á la caballería, proclamando que ésta no debia hacer armas contra el pueblo soberano. Paró el oficial, y volvió el pueblo á recobrar su primer ánimo, en medio de la mayor confusion, que aproveché para decirle: «Basta de cebarse contra casas de madera; en Barcelona tenemos alcázares de piedra que nos han esclavizado luengos siglos y debemos derribar; ¿qué hacemos aquí? marchemos, yo el primero!» Electrizados con estas palabras, dijeron: «¡Vamos á ellos, póngase V. al frente!»

»No habia que titubear, debia marchar, y así lo hice. A la carrera y en tropel fuimos hácia la puerta del Mar, por donde debiamos entrar en Barcelona. Temí que el Gobernador mandase cerrar la puerta; pero al llegar á ella con tal designio el Jefe de día, obligué al centinela á presentarle la bayoneta, diciendo: «Viene á atajarnos el paso con intento de que nos asesinen: ¡fuego si se atreve á pasar!» El centinela, que pertenecía á la Guardia Nacional, dió crédito á mis palabras é impidió el paso al Jefe de día. Seguidamente arengué mi bulliciosa comitiva, indicando que nuestro objeto debia ser uno mismo; que la propiedad particular debia respetarse, etc., y dando vivas á la libertad y al orden, seguimos la marcha.

»El primer convento donde nos detuvimos fué el de la Merced, situado en la calle del mismo nombre. Hallamos cerrada la puerta, y pareciéndonos aquel edificio de difícil acceso, proseguimos hasta San Francisco, donde se nos unió gente de todas clases. Tampoco allí era posible asaltar los muros sin ayuda de escaleras, y se recurrió al incendio.

«Dejé entónces de ser actor, y seguido de algunos dependientes regresé á mi casa cuando varios grupos corrian á incendiar otros conventos. Sobre las doce de la noche volví á salir, chocándome sobremanera el sosiego con que paseaban muchísimos curiosos, y sobre todo la indiferencia de la autoridad para atajar el desórden, puesto que en varios puntos bastaron á burlar sus órdenes algunos muchachos; y áun tengo entendido que al pasar el Gobernador junto á un convento que ardía, dijo á la muchedumbre: «Marchad á otra parte, que éste ya arde.»

En aquella primaveral edad hallóse Rivadeneyra en trance análogo al del hombre que describe Dante en los primeros versos del *Infierno*:

*«Nel mezzo del cammin di nostra vita
Mi ritrovai per una selea oscura
Che la diritta via era smarrita.»*

Era á la verdad dueño de una modesta imprenta, pero no veía en ella término á sus aspiraciones. Había corrido mundo, había observado y estudiado civilizaciones más adelantadas que la de España, y esto mismo contribuía á desviarle de senderos que otros habrían trillado toda la vida. Así principió instintivamente á escribir de política, demostrando en ello tal sagacidad, que su amigo Monlau, entre otros, le animaba á seguir el escabroso periodismo, pues lo veía lleno de entusiasmo en sus ideas y con facilidad para exponerlas. Ya el año 32, D. Javier de Burgos, siendo Ministro de Fomento, le brindó con un honroso cargo oficial; pero pluma y empleos eran para él caminos demasiado estrechos. Crecían en él cada día la ambición y la pasión de recorrer mundos, hasta un punto tal, que en un mismo día pensó marchar á América á buscar fortuna como impresor, ó embarcarse como piloto á bordo de un buque francés que iba á explorar la desembocadura del Níger. Su buena ó mala fortuna quiso que de estos dos proyectos adoptara más adelante el primero.

A los treinta y dos años, cuando más hierven las pasiones, cuando en el cenit de la vida queremos descubrir un término á la esperanza, cuando aparecen á nuestra vista trillados todos los senderos y espigados todos los campos, cuando anhelamos aplicar nuestra vigorosa actividad á un fin noble y grande, y buscamos lancha donde bogar con rumbo fijo, él lo vió en la ardua tarea de publicar una BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES en que, depurados y escogidos, viniesen á agruparse en armonioso conjunto las dispersas joyas del saber de nuestros hombres más insignes y preeminentes en el arte del bien decir. Llevar á cabo tan laudable propósito requería dinero, y no lo tenía; fuerza era ganarlo, y ganarlo en Europa donde el arte tipográfico estaba ya tan generalizado, no era fácil. Para el logro de tal deseo, buscó países donde la novedad y perfección de su oficio fuese garantía de buen éxito. Escogió la América, tierra del porvenir, y entre todas las de aquel vastísimo continente, fijó sus ojos en la de Chile, la más próspera de nuestras antiguas colonias, porque es la única en que no se ha dado ejemplo de las discordias políticas y civiles que tan honda y constantemente perturban á sus hermanas.

Aquí principia la segunda mitad de la vida de Rivadeneyra. Notas de viaje, que hallo disseminadas ó incompletas, vierten ahora mayor luz en la existencia laboriosa de mi padre.

A bordo de un buque zarpó de Tarragona hácia Montevideo el 20 de Diciembre de 1837, lleno el ánimo de esperanzas cuya realización fiaba á su energía.

Pasado el estrecho de Gibraltar, apenas había dado la última ojeada á las playas queridas de la patria, un horroroso temporal le sumió en profunda melancolía, impulsándole á meditar, quizá por primera vez, en la insignificancia del hombre ante la grandeza del universo, en lo efímero de la vida, doblemente efímera, cuando se abandona á merced de inseguro leño combatido por la incansable furia del mar embravecido. Reflexiones saludables son éstas que engendra en nosotros el trance en que vemos próxima la muerte, y debiéramos tener siem-

pre presentes, para aquilatar los beneficios de una existencia tranquila y atajar desvaríos de la ambición.

Un mes tardó en arribar á las islas de Cabo Verde, y dos más en embocar el río de la Plata hasta Buenos Aires, sin que durante la travesía le aconteciera cosa digna de especial mención, fuera de aquellas ordinarias y corrientes que surgen en viajes marítimos.

Llegó á las playas del Nuevo Mundo con doce onzas de oro y un cajón de fósforos, que por ser entónces en aquellas regiones mercancía rara, y por consiguiente cara, esperaba vender con pingüe ganancia. Quiso la desgracia que llegase el cajón empapado en agua, y en el mismo lamentable estado su contenido. Sin momento de espera, puso los fósforos á secar; mas no tardó en retirarlos, observando que la acción del sol inflamaria la mercancía. En esto, uno de los curiosos que presenciaba aquella extraña maniobra, propuso comprar los mistos con un ciento por ciento de ganancia. Accedió Rivadeneyra, y ántes que se los pagáran, ya habían pasado á otras manos con mayor beneficio del que él había alcanzado.

Permaneció en Buenos Aires lo bastante para disponer su viaje á Santiago de Chile, viaje muy diferente de cuantos había hecho, por la naturaleza del país y la índole de los habitantes; pues sólo para llegar á Mendoza en línea recta, pasando por San Luis, tardó cincuenta y tres días, á causa de las frecuentes correrías de los indios, que interceptaban el paso por las Pampas, vastas soledades que participan de la severidad del desierto africano y del encanto de los llanos de la India, *con su horizonte infinito, con su gala de verdura y su vaga ondulacion*, como dice Echeverría, poeta americano.

Entre las emociones que experimentó durante el viaje, y que, á no dudarlo, debieron ser muy varias, contaba que al emprender una jornada en compañía de cierta tribu reputada ferroz, el Jefe de ésta, viendo una paloma que cruzaba los aires, le dijo: «Veamos si tienes habilidad para derribar ese pájaro.» Apuntó él, seguro de no tocarlo, pero quiso la casualidad que lo derribara en tierra, y entónces, con ulteriores fines, dijo gravemente: «Así caerá cualquier enemigo que pretenda atajarnos el paso»; á cuyas palabras, dichas con severidad, y apoyadas con su mirada enérgica, achacaba haber podido llegar sin tropiezo hasta el pié de los Andes, al aspecto de cuyas imponentes moles se detuvo asombrado.

Yo, que heredé admiración profunda á las grandes manifestaciones de la naturaleza, que vivo y gozo con el recuerdo de mis viajes, concibo la sorpresa que le causaría la vista de aquellos tronos de nieve que ostentan todas las floras y encierran todos los metales, de aquella barrera del mundo donde yacen restos misteriosos de civilizaciones extrañas que en vano descamos descifrar, le estoy viendo, solitario ante espectáculo tan majestuoso, recogerse al apacible hogar del corazón, y meditar indiferente en sus luchas con la vida, cuya pequeñez y mezquindad es notoria, así ante las maravillas del mundo, como ante los magnánimos rasgos de un alma justa y grande.

Poseído de ardoroso afán, subió por los desfiladeros de las montañas, cruzó barrancos, valles, y planicies de diez y doce mil piés de elevación; salvó con peligro de la vida las famosas *laderas*, vía estrechísima bordada de tajados precipicios, donde el viajero debe tocar el cuerno para impedir que álguien entre por el lado opuesto, y despues de múltiples trabajos, debidos á la topografía del terreno y á las inclemencias del tiempo, que desde Mayo principia á ser adverso, realizó el paso difícil de los Andes. Éste forma época en la vida de quien lo lleva á cabo, y Rivadeneyra, que los cruzó cuatro veces en el trascurso de sus dilatadas peregrinaciones por el Nuevo Mundo, ¿qué recuerdos no guardaría de cada uno? ¡Cuántas veces le oí amenizar su interesante conversacion con episodios por entónces ocurridos! Mas fuera prolijo enumerar siquiera algunos, máxime cuando es llegada la hora de decir la actividad que desplegó desde su llegada á Santiago, que fué en los primeros y desapacibles días de Julio del año 1838.

Queda ya consignado el móvil que le llevaba á Chile; ahora se verá lo que alcanzan, aunadas en cuerpo viril, la voluntad y la fe, tan poderosas, á mi entender, que obran cual fuerza material en la realización de los hechos.

Como no profesaba la máxima de diferir á mañana lo que puede realizarse hoy; como, por otra parte, del Océano al Pacífico había invertido su exiguo capital, el mismo día que desde las solitarias faldas de los Andes contemplaba en inmensa llanura la ciudad de Santiago, se fué á pedir trabajo en la única tipografía que por entonces existía en la capital de la República. Diéronselo al punto, y muy luégo fué patente la habilidad é inteligencia del nuevo operario, que tardó poco en ser alma de aquel modesto establecimiento.

A los cinco meses halló socio capitalista con quien fundar imprenta, y un año despues era dueño de ella. Entónces más que nunca crecieron sus esfuerzos: trabajaba días y noches enteras, sin cesar discurría el modo de simplificar el trabajo para ahorrar tiempo; tanto es así, que de aquellas cavilaciones surgió la idea de modificar la caja antigua sustituyéndola por otra más sencilla usada actualmente en España con el nombre de *Caja francesa*, mientras que él la bautizó con el de *Caja chilena*.

Acontecía á veces que las horas destinadas al descanso las invertía en ensanchar el círculo de relaciones que crecían sin cuento en obsequio al extranjero inteligente y simpático; de manera que el capital amasado de día, se acrecentaba de noche con ayuda de los conocidos, que no basta querer trabajar, sino que es también preciso hallar trabajo, cosa que á menudo sólo se consigue en las casas de los ricos. Como prueba, entre muchas, de constante afán, sucedió en dos ocasiones que, no cumpliendo los cajistas con su deber, los despidió, y se quedó solo en las cajas mandando que le echasen agua así que le embarazara el sueño, mientras no ultimara los compromisos contraídos, pues anhelaba distinguirse tanto por la rapidez como por la perfección de sus obras.

Un día calurosísimo de Febrero, objetaron los operarios que les era imposible trabajar por el excesivo calor: «desnudémonos todos», dijo el dueño, y así se hizo. En cambio, concluida la tarea, regaló á cada oficial un traje completo, logrando con este y otros rasgos semejantes cautivar la admiración y el aprecio de sus dependientes, pues éste es el secreto por el cual se maneja y conduce á los que nacieron para obedecer.

A fines del año 40 poseía ya una imprenta en Santiago y otra en Valparaíso. Pero no le bastaba haber dado en aquel país gran impulso al arte tipográfico, como lo atestiguan periódicos de la época; creó también *El Mercurio*, diario que aún hoy subsiste, publicaba simultáneamente obras de varios ingenios españoles, con lo cual, á más de popularizarlas, alcanzaba crecidos rendimientos; de manera que el año 42, merced á su energía y tacto, se vió rico y considerado aún por las personas más distinguidas de la República. Debíó concebir entónces propósitos de fundar en ella un halagüeño porvenir, tanto más cuanto que en aquel benigno suelo halló la compañera de su vida y de su suerte, se contempló padre, y á la vuelta de correr treinta y cinco años sin rumbo por los desiertos de la vida, descubrió un punto fijo, un hogar, seres débiles que proteger y sustentar, obligación ante la cual se sintió más fuerte, más grande, más feliz. Pero era patriota ante todo, y como buen catalán, ambicioso, ya que no de dinero, de nombradía; así es que, ni la brillante posición que debía al trabajo, ni las justas esperanzas que le sonreían, fueron parte á que olvidara el móvil que lo llevó á América: emigró en busca de recursos que le permitieran ser útil á España, y no bien los hubo alcanzado, volvió á su querida patria.

El 2 de Octubre de 1842, al entrar en el buque que debía alejarlo de la escarpada costa chilena, el hombre que recorrió á pié centenares de leguas por países extranjeros, el que figuró en tumultos y revoluciones, el que había abandonado la vida á los azarosos movimientos del Océano, lloró, rendido por el agradecimiento que le infundía el recuerdo de la misera condición en que vino al mundo, y la próspera en que se hallaba; que el ánimo esforzado es compatible con la bondad y el agradecimiento, del mismo modo que el escepticismo no excluye el candor del alma. No suelen ser los menos sensibles los hombres que llegan á edad provecta sin haber conocido familia, amistad ni amor.

Para volver á Europa costeó en un buque de vela las playas americanas hasta Realejo,

tivos á las impresiones de su viaje, que, á juzgar por alguno que otro episodio, debe contarse entre los más rudos que realiza el hombre, principalmente si se atiende á que por entónces principió á sufrir ataques de reuma, en que á menudo creyó perder la vida. Pero bien sé yo, por experiencia, que aún sin pensar en el día de mañana es preciso un tesón á toda prueba para dedicarse á escribir, cuando rendido el cuerpo por el cansancio y el hambre, sólo anhela el término de la penosa jornada; y que tales debían ser las que realizaba nuestro viajero, lo confirman numerosos episodios, entre los cuales sólo referiré uno.

«El 17 de Setiembre, á pocas leguas de Runisguas (Perú), y pasado el río Negro, dice, quiso mi mala suerte que, desoyendo los consejos del arriero, me adelantara, convidado por el buen tiempo y los hermosos valles que atravesaba. Serían las cinco de la tarde, cuando advertí que había perdido el camino; corté por cercanas lomas, en cuya dirección creí encontrarlo, pasando junto á algunas chozas cónicas, donde pregunté inútilmente á los indios en qué dirección estaba La Rinconada. Seguí impaciente la dirección que llevaba, cuando de repente cunde la oscuridad, y un fuerte temporal de nieve, granizo y viento me impide ver alrededor. A cada paso temía dar con un precipicio de los muchos que allí existen, precipicios cuya escarpada profundidad impone al más osado. La luz de los relámpagos me permite ver que sigo un declive poco natural, y me apeo de la mula; pero aumenta mi temor al ver que se resiste á seguir; flanqueo entónces la montaña en dirección horizontal, y resbalando aquí y cayendo acullá, llego á las doce de la noche á un arroyuelo que por el fondo de la quebrada corría. La imaginación, hasta entónces distraída por el peligro, no me dió lugar á sentir el intenso frío que apenas pude contrarestar con la capa y el poncho.....»

Peripecias á ésta semejantes ó muy distintas constituían tesoros de recuerdos que en la vejez entretienen su imaginación, como lo prueba el que durante la postrera enfermedad, cuando le compadecían por las noches de insomnio, solía contestar: «Pues ésta la he pasado muy entretenido, porque habré recorrido con la memoria mil y tantas leguas.» Un día, en Jerusalem, á donde fué con su familia el año 67, quiso la casualidad que entablara conversación con el lego franciscano que nos servía á la mesa, y que decía haber viajado mucho por América en busca de limosnas. Al punto constituyóse Rivadeneira en examinador; pero á la primera pregunta quedó sobrecogido, porque en un abrir y cerrar de ojos ensartó el lego cien nombres de pueblos, ríos, valles y montes del Perú, Bolivia y el Brasil, visitados por él recientemente, y que su rival apenas recordaba por el trascurso del tiempo. Desde aquel instante, lego y seglar no cesaron de recordar sus pasadas andanzas, pues el cuento de nuestras aventuras de viajes á otro, que por haberlas pasado sabe aquilatarlas, constituye uno de los más gratos y sabrosos pasatiempos.

Las de mi padre llenarían centenares de cuartillas, dando así margen á distraer la atención del lector, á quien trato de presentar un ejemplo de que nada resiste á la fe y á la actividad, y de que el saber adquirido en los libros sirve de poco cuando la naturaleza no da ese talento claro que sobrepone al vulgo. Los que ayudados de los padres emprenden una carrera ó un oficio, y fiando sus méritos al tiempo ascienden perezosamente, son espectadores inertes, inconscientes, de las proezas de aquellos que en la candente arena de la vida luchan con el destino, iniciando el movimiento de las ideas, base de toda civilización.

Finalizado el viaje por la América del Sur, emprendió otro por los Estados-Unidos y el Canadá con exclusivo objeto de conocer aquel pueblo extraordinario que á cada paso le sorprendía. El diario de esta expedición se halla bastante completo, y trasladaré algunos párrafos que atestiguan el criterio de quien los escribía.

Del Canadá dice: «Creo que Inglaterra anduvo poco prudente en generalizar su idioma en esta colonia, porque con esto facilita el contacto con los Estados-Unidos que pronto se le agregarán.»

En la catarata del Niágara, que no le sorprendió por haber visto la de Tecuendama, muchísimo más alta, dejó consignadas estas palabras: «Estas aguas impetuosas, en su salto

loco y atrevido, son la personificación característica del genio activo, inquieto, emprendedor, de los habitantes de los Estados- Unidos.»

Respecto del poco acierto que demuestra Cuba en querer agregarse á dicha República, escribía: «La cruzada que se está efectuando en California no sería ni sombra de la que se arrojaría sobre Cuba el día de la anexión. No habría agricultor, no habría aventurero que no se embarcára para aquella nueva Tierra de Promisión, y como aconteció durante la invasión de los Hunos, destruirían la raza indígena, si no por la fuerza de las armas, sofocándola por el número, y entónces, ¡adios idioma! ¡adios tradiciones!»

De los Estados- Unidos emprendió su regreso á Europa por Cuba y La Guaira. Entre las personas que de este puerto iban á San Thomas, hallábase D. Alejandro Mellinet, á la sazón Cónsul de Francia en la Habana. Veinticinco años despues el Sr. Mellinet era Ministro en Persia, y al presentarme á él así que llegué á Teheran, dijo con asombro mio: «Usted debe ser hijo de mi antiguo amigo D. Manuel.» Así era en efecto, y desde aquel instante demostró S. E. al hijo del antiguo compañero de viaje una atención y un afecto que siempre recordaré con orgullo. Si hay en el hombre sentimientos innatos, éste, que nos mueve á ver en los hijos la personalidad de los padres, debe figurar en primer término, por muy injusto que sea á veces achacar á uno las virtudes ó los vicios de los progenitores.

Volvamos al relato de la prosecución de trabajos editoriales de Rivadeneyra.

A poco de llegar á Europa, en el verano de 1850, disolvióse *La Publicidad*, quedando él dueño de una pequeña imprenta, cuyos trabajos le permitían allegar medios de continuar su BIBLIOTECA, á la sazón en el tomo 13.º; medios á la verdad insignificantes en comparación de aquellos que esperaba ir recibiendo de América, producto de los tomos que de continuo allí remesaba. Desgraciadamente los corresponsales de allende los mares guardaban el importe ó diferían el envío de los muchos libros que recibían, y si alguna cantidad libraban, era como aliciente para que les siguieran mandando la BIBLIOTECA; ¡tan general es en los hombres la codicia y mala fe cuando se creen impunes!

Llegó el año 52, y de catorce mil tomos remitidos á aquellas tierras, apenas se liquidaban mil. Todavía confiaba, sin embargo, porque el bueno cree que todos lo son, como el malo no alcanza que los demás dejen de serlo.

Fué entónces por extremo precaria la situación del editor; acudió al crédito, pesada carga, empeñó cuanto tenía, que era renunciar á ello, y se desesperaba cada día más al ver su establecimiento falto de trabajo, á pesar de la extraordinaria diligencia que en alimentarlo desplegabá.

Corría á todo esto la impresión del tomo 22.º, por más que todos los días temiera que al siguiente habría de suspenderla. En trance tan apurado volvió por tercera vez los ojos á América, fiando la salvación á su energía y á las innumerables relaciones que allí dejó; y la habría sin duda conseguido, á no preocuparle más que el suyo, el porvenir de su amigo Nicolás, á quien sentía abandonar despues del eficaz y leal concurso que le venía prestando.

A fuerza de privaciones y ahorros iban no obstante pasando días, á cual más amargos, sin que con todo se le viniera encima la temida catástrofe, hasta que, engolfado un día en lúgubre meditación, se le apareció su amigo D. José Gutierrez de la Vega, á quien expuso la ruina inminente, y por ende la muerte de la BIBLIOTECA. Impresionado dicho señor al oír el acento persuasivo de quien iba á ser víctima de una idea laudable, hizo suya tan desesperada situación. Sin decir palabra concibió vencerla, y para ello acudió en el acto á D. Fernando Fernandez de Córdoba, entónces Director general de Infantería. De la cooperación y eficaz ayuda de tan importante personaje dan fe la dedicatoria del tomo 23.º de la BIBLIOTECA, que á seguida llegó de un vuelo al tomo 33.º

Pero la falta completa de trabajo volvió á sumir al impresor-editor en las pasadas crisis, y por cuarta vez quiso marchar á América para no volver ya á su patria, siendo digno de notarse que en tan apurado trance no pensára, como la casi totalidad de los españoles, en ser

empleado. De fijo habría logrado entrar en un Ministerio ó en cualquiera otra casa de beneficencia, puesto que uno de los títulos más meritorios que puede alegar cualquier pretendiente á servidor del Gobierno Español, es ser pobre, ó haberse arruinado. El editor de la BIBLIOTECA, lo dije en un principio, rehusó cargos oficiales del primer Ministro de Fomento, y lo que no conoció la juventud, rara vez lo desea la vejez. Mozo, peleó contra la desgracia, anciano, volvió á hacer lo propio, sin pensar en ayuda ajena. Ésta, sin embargo, apareció inesperadamente, y puso fin á situaciones que me resisto á pintar con sus naturales colores.

Un diputado de las Cortes Constituyentes de 1856, orador de los más ilustres de nuestra tribuna, D. Cándido Nocedal, que apenas conocía al atribulado editor, pero amante como quien más de las glorias literarias españolas, presentó al Congreso una proposición de ley pidiendo al Gobierno que comprara ejemplares de la BIBLIOTECA con destino á establecimientos públicos por la suma de cuatrocientos mil reales; proposición que, apoyada en un discurso pronunciado el 16 de Enero, resultó aprobada por ciento diez y nueve votos contra treinta y dos.

En el tomo 38.º constará siempre la oración del Sr. Nocedal, y la dedicatoria del editor haciendo alarde de gratitud á tan eminente político, gratitud que conservó hasta la muerte, más allá de la muerte, si cabe decirlo, pues quiso sellar su adhesión al que podemos llamar *padrino de la Biblioteca*, nombrándolo testamentario y tutor de su hija.

Algunos achacaron á suerte del editor este desenlace de amarguísimos afanes; pero suerte es la salvación fortuita de un desastre inminente, y hácia él caminaba la BIBLIOTECA, no el editor, quien, falto del apoyo del Gobierno, todavía hubiera marchado solo por el camino de la fortuna inaugurado en América veinte años ántes.

Desde 1856 siguió la ya vasta publicación su curso normal, y, asegurado el éxito, pensó su fundador en emprender otra de no ménos importancia y trascendencia. Valido de sus muchísimas relaciones en España y en América, quiso emprender un *Diccionario biográfico universal desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, en el cual el elemento español tuviera el mayor desarrollo, y donde cada artículo llevase la firma de persona competente. Imprimiéronse algunos prospectos de esta obra, pero se fué aplazando la ejecución por hallarse el editor sobrado de trabajo, que en un tiempo buscára inútilmente, pues la fortuna, semejante en esto á la desgracia, que alcanzando á uno se ceba en él, principió á acariciar al humilde operario, que pronto alcanzó riqueza y reputación, contribuyendo á ésta, no sólo la obra que hacía años era objeto de sus desvelos, sino también diferentes libros que imprimió, y quedarán como dechado de buen gusto tipográfico. *El Caballero de la Almanaca*, *el Poema de Alfonso Onceno*, *las Obras poéticas del Duque de Frias*, *el Album Religioso*, *el Cuadro histórico y cronológico de la Iglesia*, cuya composición organizó en una noche, trabajos son que prueban mi aserto. A igual categoría pertenecen las *Obras completas de Cervantes*, en doce tomos, y *el Quijote* en 16.º, impresos el año 1863 en el local donde se cree que estuvo preso el manco de Lepanto. Estas obras ocasionaron crecidos desembolsos, porque fué preciso llevar á Argamasilla de Alba una imprenta junto con el personal correspondiente, y, lo mismo que la BIBLIOTECA, no envolvían fin especulativo, puesto que hoy, á la vuelta de diez y siete años, todavía no se ha saldado aquella cuenta. Verdad es que Rivadeneyra no era comerciante, ni habría emprendido trabajo alguno que menoscabára su buen nombre artístico, y á buen seguro que en España muriera pobre el editor de los *Clásicos*, el impresor cuyas obras se premiaron con medallas de oro y plata en cuantas Exposiciones estuvieron, á no depararle la casualidad una contrata de impresiones con la Compañía de los ferro-carriles de Madrid á Zaragoza y Alicante, la cual, dando vigoroso impulso á la imprenta, le proporcionó pingües ganancias, prueba, entre muchas, de que cuando el hombre no persigue descabelladamente á la fortuna, la fortuna le persigue á él.

A pesar de esto, no le impedían sus muchas y variadas ocupaciones ni siquiera los años que por razón natural minan los bríos, que diese rienda suelta al afán de viajar. En dos expedi-

ciones recorrió toda Europa y parte de Asia, desde Lisboa al Mar Caspio, desde Laponia á Marruecos, desde Escocia al Nilo. En 1867 fué con su familia á Jerusalem, y tuvo ánimos para emprender una excursión al mar Muerto, á Damasco y á las ruinas de Baálbek, testimonio sorprendente del gusto artístico y levantado de los antiguos griegos. Al año siguiente fué á visitar la Islandia, país que anhelaba conocer desde la más tierna infancia, pero en Glasgow le sobrevino un ataque tal de asma que hubo de volver atrás, y fué éste el postrer destello de su innata pasión.

De regreso á Madrid, rendido por el cansancio, vendió la imprenta y se redujo á la vida tranquila del hogar, amenizada con la compañía de uno que otro amigo, dedicando sus ocios á buscar el modo más acertado de terminar la BIBLIOTECA, obra que resume su atareada existencia, y acerca de la cual me extenderé aquí en algunas consideraciones para luégo pasar á otro orden de ideas.

La BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES en un principio sólo debió constar de treinta y tres tomos, mas luégo se pensó en ampliarla hasta cincuenta, no sólo accediendo á indicaciones de personas competentes, sino también á fin de llenar el largo espacio de tiempo que á veces se invertía en la publicación de una obra, ó en la espera de hallar persona idónea que coleccionara tomo con la antelación ofrecida al público. Por razones análogas, y atendido el lema de la BIBLIOTECA, «desde la formación del lenguaje hasta nuestros días», resolvió más tarde el editor ampliarla á ochenta volúmenes, á que debían seguir, en concepto de Suplemento, seis, que comprendieran escritos escogidos de autores portugueses, italianos y franceses, cerrándose de esta suerte el cuadro de la literatura patria con lo más selecto de los idiomas neo-latinos. Un Índice general debía poner cima á este pensamiento.

Antes de concluirse el tomo 64.º, acaeció desgraciadamente la muerte de Rivadeneyra, como luégo veremos, y no creyéndome capaz de realizar su vasto proyecto del modo que él lo hubiera llevado á cabo, máxime faltándome instrucciones que sobre el particular no llegó á escribir, á pesar de mencionarlas en el testamento, resolví terminar las obras tiempo há principiadas, y cerrar la BIBLIOTECA con el presente ÍNDICE.

Para llevar á cabo este trabajo, que ningun modelo ofrezca quizás en su clase, nada se ha escatimado: propuesto y discutido el plan que creí debía seguirse, con un individuo del Cuerpo facultativo de Archiveros, él lo ha desarrollado en la medida de sus fuerzas y con el celo que le es propio.

Que la BIBLIOTECA quede bajo algun concepto incompleta, soy el primero en deplorarlo; deploro, sobre todo, que falte la base de nuestro teatro: los dramáticos anteriores á Lope de Vega. Bien sabe Dios, y alguno que no lo es, no ser mía la culpa. Tratar con literatos no es empresa fácil; descubren á veces tales pretensiones, que nada basta á satisfacerlas. Suele, por otra parte, quedar el editor supeditado á exigencias que difícilmente puede esquivar, puesto que en la mayoría de los casos la opinión señala una persona como la más familiarizada con tal época ó género de nuestra literatura, y á ella hay que acudir para autorizar la publicación.

Siendo así, la BIBLIOTECA no debió ser obra de un particular; hubiera sido preferible y más natural lo fuese de la Academia Española, que parece contar en su seno hombres los más conocedores de la patria literatura; y como todos los Académicos han sido ó son Ministros, ningun Gobierno habria privado del apoyo necesario publicación tan meritoria. Que algo de esto entendía la Real Corporación, lo prueba la *Colección de Clásicos Españoles* á que dió principio en 1866. Desgraciadamente no tuvo éxito. Costaban los tomos doce reales, cuando apenas contenían la vigésima parte del texto de uno de la BIBLIOTECA, que cuesta cuarenta; se hacía la publicación con suma lentitud, y tanta, que á la hora presente tiempo há que murió. Como, por otra parte, no sea posible suponer falta de celo, ni ménos de formalidad en la ilustre Academia, ni siquiera escasez de fondos en sus arcas, juzgue el público lo difícil que

habrá sido á un operario dar cima á la BIBLIOTECA, cuando aquel alto Cuerpo apenas pudo principiarla.

Lo peregrino del caso es que los Señores Académicos ensalzan *el pensamiento concebido por la Academia Española de publicar una Biblioteca selecta de Clásicos*, y á renglón seguido dicen que *es imposible salir con lucimiento, puesto que lo más importante está hecho por los colectores de la utilísima Colección de Rivadeneyra*, lo cual en verdad no veo yo cómo pueda compaginarse con el concebimiento de los respetables Académicos.

Considerada bajo el punto de vista especulativo, la edición estereotípica de la BIBLIOTECA no da, ni con mucho, el beneficio que en países de mayor afición al estudio alcanzaria, máxime atendida la circunstancia de haber monopolizado una parte del comercio de libros antiguos. La razón es óbvía: las reimpressiones son de mil ejemplares; se reimprime un tomo, por término medio, cada veinticinco años; constando la BIBLIOTECA de setenta volúmenes, deben hacerse, por lo tanto, cada año dos tiradas cuando ménos, cuyo coste es de diez y seis mil reales. El producto líquido de la venta anual asciende á unos sesenta mil reales, quedan cuarenta y cuatro mil de beneficio, sin contar los gastos de administración, ni los del local que ocupan las planchas y las considerables existencias que en papel han de tenerse necesariamente.

Respecto á la ventaja de continuar la publicación, por la cual se interesan muchas personas de España y del extranjero, baste decir que el coste de cada tomo alcanza ó pasa de cincuenta mil reales, y que el número de suscripciones no llega á quinientas, incluso las del Gobierno.

Pero, si tal cual es, la colección de *Clásicos de Rivadeneyra* (que así la designa el comercio) no satisface las exigencias de todo el mundo; si á pesar de sus afanes no pudo el editor contemplarla del modo que lo deseára, en cambio, á no dudarlo, llegará día en que constituya el principal elemento sobre que se funde una nueva BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, enriquecida entónces con los progresos é investigaciones de crítica literaria que sobre la pasada generación conquistaron las venideras, y de esta suerte habrá contribuido Rivadeneyra en la medida de sus fuerzas, y con él las ilustres personas que lo ayudaron, al perfeccionamiento que en la sucesión de los tiempos adquieren las obras humanas.

Llegamos ahora al término de la accidentada carrera del menestral, que á fuerza de trabajo logró conquistar aprecio entre sus conciudadanos.

Triste y sombrío es el ocaso de la vida para quien contempla en la muerte el fin de adversidades ó placeres mundanos, pero no para aquel que en ella ve el descanso despues del triunfo. Y ¿qué triunfo mayor que el de nacer pobre, oscuro, y alcanzar holgura, reputación, crear familia y colocar su nombre á la sombra de los ingenios patrios? ¿Qué dicha hay comparable á la que proporciona la variedad de situaciones que ofrecen la desgracia y la felicidad, cuando al fin la felicidad se consolida? Que así discurría Rivadeneyra, lo prueba el que, hablando de su hijo, decía: «Será siempre desgraciado, porque no ha tenido hambre.» ¿Qué satisfacción, por fin, no alcanza á quien, nacido á principios de este siglo, fué testigo en el mundo de tan grandes trasformaciones materiales y sociales, cual no vieron las pasadas, ni verán las venideras generaciones?

Que fué feliz en cuanto cabe serlo el hombre que tales circunstancias reunió, es indudable; mucho más, atendido á que, si envejeció su cuerpo, no su corazón; su voluntad estaba virgen, sus ilusiones, como no fuese respecto á la política de España, eran las de un jóven: trabajaba por la gloria, hacía favores, le halagaban las distinciones.

En religion era escéptico, como suele serlo todo hombre pensador, bien porque hubiese conocido muchos cultos, bien porque no necesitase de la hipocresía para vivir, bien porque comprendiese que el mero hecho de creerse en posesión de la verdad es tanto como igualarse al Ser Supremo.

Su carácter era vivo, arrebatado á veces, y si bien no ignoraba que un enemigo hace más daño, que provecho cien amigos, fué por la vehemencia de su genio á rompimientos que luego deploraba. De su energía no hablemos; trazada queda su vida.

Tenía inteligencia clara, recta, y un sentido práctico poco comun, como lo prueban, á más de su conducta en la vida, muchos artículos políticos, filosóficos y de costumbres, que publicó en diversas ocasiones ó quedaron inéditos. Era de trato ameno, de conversacion variada é interesante; pues si bien no pudo dedicarse al estudio tanto como deseára, en cambio tomaba apuntes de cuanto leía ó oía, logrando de esta suerte acumular multitud de noticias, que le permitieron alternar con personas de saber.

Vivió siempre en un pié inferior á aquel que sus medios le permitian, con objeto de no acostumbrar sus hijos á comodidades que más tarde pudieran echar de ménos; y no obstante saber cuán árduo es ganar dinero, solía tirarlo, pues aunque era catalan, tenía rasgos de generosidad y abnegacion.

Por más que fuera hombre de mundo, y de gran tacto social, no se le vió en reunion alguna; tenía en su propia casa de personas de nota, y no rehuía, por consiguiente, el trato difícil de los hombres, que tanto conocia, pero estaba convencido de que en España se mira con reserva á quien gana su vida con las manos, y no iba donde no le llamaban. Un año ántes de morir fué condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica, distincion no concedida á trabajador alguno ántes que él; pero no se debió á la iniciativa de quien correspondia, sino á indicaciones del sabio ex-Director general de Obras públicas, D. Eduardo Saavedra.

Sus pasiones eran viajar y trabajar; sus placeres, los de la mesa; su defecto, la volubilidad de genio; su cualidad, el agradecimiento y la caridad, base y origen de acciones buenas, que todavía refieren personas de mí desconocidas; no era de los que dejan favores en la antecámara y admiten sospechas en la alcoba, ni de los que cumplen deberes de conciencia para ganar aprecio en la ajena.

Tenía frente despejada y firme, mirada penetrante, cejas abundantes y rectas, de estas que revelan sentimiento y reflexion; nariz algun tanto aguileña, labios finísimos, indicio de delicadeza, y barba ancha, signo de fuerza. Pero como acontece que la cara disfraza la índole del hombre, y para gente inexperta hay quien parece lo contrario de lo que es realmente, esa fisonomía severa, esa mirada enérgica que partia como un rayo de las ventanas del alma, encubria sensibilidad y debilidades extraordinarias, que en vano procuraba vencer, y eran testimonio de su corazon amante, incapaz de bastarse á sí propio, es decir, incapaz de sobrellevar la vida sin ilusion ni esperanzas.

El que no habia enfermado en su vida, salvo del reuma que tanto le mortificó en América, principió desde 1860 á padecer de una insuficiencia valvular del corazon que, segun el Doctor D. Federico Rubio, habia producido una hipertrofia compensadora de dicho órgano. Estas lesiones, obrando sobre el pulmon, determinaron una bronco-extasia y ataques asmáticos que llegaban á amenazarlo de asfixia várias veces, principalmente en los tránsitos estacionales, hasta que desgraciadamente vino á terminar la vida del paciente en uno de ellos.

El 1.º de Febrero de 1872, dia lluvioso y frio, salió á paseo con D. Eugenio de Ochoa, persona muy de su predileccion desde hacía treinta años; al oscurecer fuése cada uno á su casa, y de ella no volvió á salir ninguno de los dos amigos. Ochoa falleció el 29 de Febrero, y Rivadeneira exhaló el postrer aliento en brazos de su mujer é hijos, el 31 de Marzo á la una de la tarde.

Nunca olvidaré la sensacion que en mí produjo el beso que dí al cuerpo frio de mi padre, nunca olvidaré los gemidos desgarradores de mi ya perdida madre, y de mi inocente hermana, emblema la una de abnegacion, imágen la otra de amor filial; nunca olvidaré aquella tristísima escena, que por duro que sea el morir, más duro es presenciar la muerte de un padre, y á poco la de una madre, que consagraron su existencia á labrar el bienestar é independencia de sus hijos.

La suerte caprichosa trunca á su antojo la vida del hombre, pero no logra arrancarnos su recuerdo, no puede privarnos de seguir amando á los que desaparecen para precipitarse en la region de las sombras. Si en ella vivieran aún los humanos, allí estaria yo; pero como no lo sé, consagro mi tranquila existencia á no desmerecer del nombre heredado, y, sobreponiéndome á lamentaciones inútiles, siempre pienso, siempre pensaré en la estancia de mis progenitores sobre la tierra, con esa satisfaccion que recuerda en la desgracia dichas que pasaron.

En el cementerio de San Isidro, en Madrid, construimos mi hermana y yo un mausoleo, donde se guardan los restos de D. Manuel Rivadeneira y de Doña Nieves Sanchez. Habrian ellos preferido que socorriésemos la desgracia, bajo tan distintas formas anidada en populosas ciudades, á que levantáramos un monumento que atestigua vanidad y orgullo; pero no es orgullo ni vanidad lo que nos mueve; es, sí, pagar tributo á nuestro acendrado amor, que cual nube preñada de esperanza va periódicamente á resolverse allí en lágrimas de dolor, hasta que extinguido el soplo vital, vayan tambien nuestros cuerpos á resolverse en cenizas sobre las tan preciadas de nuestros padres.

ADOLFO RIVADENEYRA.

Puerto de Mazarron, 1.º de Enero de 1877.